

La pulga y el elefante: poder nacional y poder continental

Una pulga decidió trasladarse con su familia a la oreja de un elefante. De modo que le dijo a éste: "Señor elefante, mi familia y yo pensamos mudarnos a vivir a su oreja, y he pensado que debía decirselo a usted y darle una semana para que lo piense y me haga saber si tiene alguna objeción que poner".

El elefante, que ni siquiera era consciente de la existencia de la pulga, no se dio por enterado; y la pulga, después de observar escrupulosamente el plazo establecido de una semana, dio por supuesto el consentimiento del elefante y se trasladó.

Un mes más tarde, la señora pulga decidió que la oreja del elefante no era un lugar saludable para vivir e hizo ver a su marido la conveniencia de una nueva mudanza. El señor pulga le pidió a su mujer que aguantara al menos otro mes para no herir los sentimientos del elefante.

Finalmente, se lo dijo con toda la diplomacia de que fue capaz: "Señor elefante, hemos pensado cambiar de vivienda. Naturalmente, no tenemos ninguna queja de usted, porque su oreja es espaciosa y confortable. Lo único que ocurre es que mi esposa preferiría estar al lado de sus amigas, que viven en la pata del búfalo. Si tiene usted alguna objeción que hacer a nuestro traslado, hágamelo saber a lo largo de esta semana".

El elefante no dijo ni una palabra, y la pulga cambió de residencia con la conciencia tranquila.

Anthony de Mello.

Mientras pensaba en las relaciones entre poder nacional y poder continental, tema por el cual tendría que acudir a este evento, me vino a la memoria el cuento de la pulga y el elefante, recogido por Anthony de Mello en su *Oración de la rana*.

Y es que, tal como la historia lo indica, ni la pulga tiene capacidad para ser oída por el elefante, ni el elefante está interesado en escuchar a la pulga. Y ello por una simple razón: la pulga no tiene poder para hacerse notar, ni sentir, ni oír. Al menos, la clase de poder que le permitiría ser una digna interlocutora del paquidermo. Quizás tenga el poder de una picadura corrosiva, o el de un alarido desafiante, recursos ambos que, con toda seguridad, fastidiarían al enorme animal; pero no la clase de poder que se precisa para entablar un diálogo sereno y civilizado, de tú a tú, como corresponde a dos que se precian y respetan en lo que son.

Algo semejante pasa en el problema de las relaciones entre bloques sociopolíticos como la sociedad nacional y la sociedad internacional.

Parafraseando una frase de José Antonio Bardem con la cual caracterizó al cine español de estos años, y pensando en la sociedad nacional, creo que legítimamente podríamos decir que la sociedad nacional y su cultura son, hoy por hoy, "políticamente ineficaces, socialmente falsas, intelectualmente ínfimas, estéticamente nulas y econó-

Ponencia leída en el Colegio de Altos Estudios Estratégicos, San Salvador, 4 de julio de 1996.

micamente raquílicas". La pulga no está en condiciones de paridad con el elefante. La sociedad nacional no tiene talla suficiente en el entramado internacional. Por tanto, en la actualidad, la inserción del poder nacional en el poder continental sólo puede hacerse en condiciones de indiferencia y desventaja, sin la mínima capacidad de incidencia —nota esencial del poder real en las relaciones internacionales.

Y es que, con toda seguridad, la pulga no sabe de dónde viene, ni quién es, ni lo que puede hacer, ni hacia dónde va. Ella sólo se percibe a sí misma en la nuda realidad de su inmediato presente, en las inmediatas exigencias de su hoy preciso: vivir en la oreja del elefante, o hacer la mudanza hacia la pata del búfalo.

El problema de la pulga es el mismo de la sociedad nacional: no tiene *memoria histórica*, no tiene *conciencia histórica*, no tiene *talante histórico*. Ergo: no puede habérselas de igual a igual con el elefante, como la sociedad nacional no puede habérselas, en suficientes condiciones de igualdad y dignidad, con la realidad sociopolítica continental.

La *memoria histórica* es la recuperación en su momento, y la actualización en el presente, de todos aquellos hechos y procesos relevantes que diversas individualidades, grupos y fuerzas de una sociedad han ido haciendo, con esfuerzo, para cultivarla y para convertirla en una realidad humana cada vez mejor.

La *conciencia histórica* es la percepción del sí mismo social. Es el hecho de que una sociedad se sepa viva, digna, activa y actuante, en el marco de otros conglomerados sociales.

El *talante histórico* es la presenciarización de la memoria y de la conciencia históricas. Es el hecho de *ser tal*, en el marco de otras *talidades* sociales. Es la *estatura* social obtenida como resultado de haber ejercido con claridad, suficiencia y constancia la memoria histórica y la conciencia histórica.

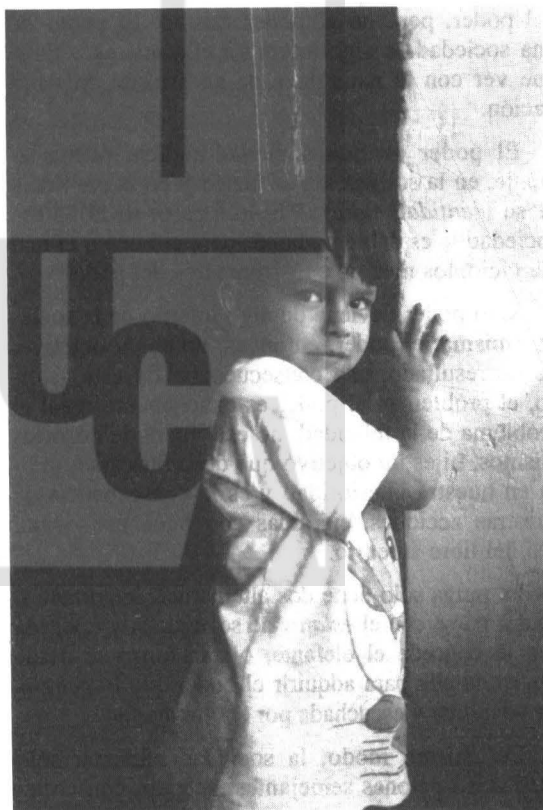
La *memoria histórica*, la *conciencia histórica* y el *talante histórico* son componentes esenciales de una *identidad cultural* plenamente descubierta, reconocida, asumida, defendida y realizada. Es decir, son partes esenciales de todo ese *conjunto de saberes, haceres, sentires y decires* con que los hombres y mujeres de una sociedad concreta van

cultivando la realidad de la *naturaleza*, la realidad de la *persona* y la realidad de la *historia*, en esa sociedad en la que les ha tocado vivir.

Por vergüenza o por amnesia genética, la pulga ha olvidado lo que fue. Por adormecimiento de conciencia, no logra percibir lo que es. Por emasculación de su memoria y de su conciencia, no pasa de ser una "enana del espíritu", es decir, un ser aminorado, abajado, sin talante suficiente para hacerse advertir por el paquidermo. Un ser sin la identidad necesaria para habérselas en relación de paridad con el otro animal. De allí su actitud obsequiosa y acomodaticia.

Lo mismo ocurre con la sociedad nacional. Por vergüenza o por amnesia selectiva y voluntaria, no quiere saber nada de su pasado remoto, ni siquiera de su pasado inmediato. Reacia a recordar, y a recordar bien y todo, prefiere conformarse con unos lamparones históricos que más o menos le ayuden a configurar un pasado que supone cierto y que estima luminoso.

Por un abotagamiento de la conciencia, en el



que el *inmediatismo presentista* y el *triumfalismo subjetivista* sustituyen el riguroso discernimiento de la conciencia lúcida y crítica, va viviendo dramáticamente “entre el miedo de ser y de acabarse”.

Por el cercenamiento del ejercicio lúcido de la memoria y de la conciencia históricas, la sociedad nacional ha perdido, no tiene, una *identidad cultural* propia, desde la que pueda acceder a las relaciones sociopolíticas de poder frente a otras sociedades.

Si el drama de la pulga es no tener poder frente al elefante, por no tener, en definitiva, seguridad en su identidad, el drama de la sociedad nacional es parecido.

La *memoria*, la *conciencia* y el *talante* históricos son los fundamentos reales del *poder* de una sociedad frente a otras sociedades. El poder de una sociedad no depende, primaria y exclusivamente, de las bondades de su medio geográfico, ni de su fuerza económica, ni de su avituallamiento militar, ni de su gestión diplomática. Estos podrán ser instrumentos para el buen o el mal ejercicio del poder, pero no el poder mismo. El poder de una sociedad es algo interno a ella misma y tiene que ver con la naturaleza de su espíritu en tanto nación.

El poder de una sociedad radica, primariamente, en la solidez, en la fuerza y en la presencia de su *identidad cultural*. Sólo a partir de allí a esa sociedad le es dable manejar, para el buen o el mal ejercicio, los medios e instrumentos del poder.

Si el poder deviene de algo interno de la sociedad misma, el poder, entonces, no es un objetivo. Es un resultado, una consecuencia. En este sentido, el problema del poder es exactamente igual al problema de la felicidad: no está fuera de nosotros mismos, ni es un objetivo que deba buscarse; radica en nuestra interioridad y es la consecuencia de nuestras acciones, ejercidas con buen uso o mal uso del libre albedrío.

La pulga sólo tiene dos alternativas importantes: conformarse con el *estatus* de segundona y relegada que le concede el elefante, o transformarse desde dentro de ella para adquirir el poder que le permita ser advertida y escuchada por el otro animal.

Del mismo modo, la sociedad nacional sólo tiene dos opciones semejantes: aceptar, con corte-

sía y obsequiosidad, ser una más, sin pinta ni tinta, entre las sociedades del poder continental; o replantearse interiormente para adquirir, como consecuencia, el poder que le permita ser advertida, oída y respetada.

¿Qué transformaciones interiores debería hacer con toda seguridad la pulga? *Ejercer la memoria histórica, asumir la conciencia histórica y presenciar el talante histórico*, es decir, lo mismo que debería hacer la sociedad nacional: *perfilar su identidad cultural, fundamento esencial de todo poder nacional*. Sólo así, la pulga y la sociedad nacional podrían ser *ellas mismas* de cara a cualquier elefante, de cara a cualquier poder continental.

Y este replanteamiento de la interioridad, en el caso de la sociedad nacional, pasa, incontestablemente, por la recuperación del pasado histórico, por la modernización de las instituciones presentes y por el diseño de una utopía futura. Esto, no es más que una reeducación del sí mismo de la sociedad, una transfiguración nacional, cuya vena esencial es la educación. Y desde mi visión y trabajo de educador, a esto quería llegar.

Hasta ahora, el poder ha sido un objetivo externo buscado u obtenido, casi siempre, por los mecanismos de la seducción que obnubila o de la fuerza que aterra. Las instituciones eclesiásticas, de todas las denominaciones, y las instituciones castrenses, de todas las formas —instituciones que mayor peso han tenido a la hora de ofrecer, a los hombres y mujeres de la sociedad nacional y de la sociedad latinoamericana, modelos de identificación—, han operado por la seducción y el terror.

Ni la pulga, ni la sociedad nacional o latinoamericana han logrado con ello el poder real y bueno, a pesar de haberse acercado a límites tan extremos como la Santa Inquisición eclesiástica de hace algunos siglos, o el enorme sufrimiento chileno o argentino propiciado por las instituciones castrenses a la sociedad civil, en décadas recientes de nuestro siglo.

Es hora de darle a la educación su papel civilizador. Es hora de empezar a pensar que el poder nacional, en el esquema del poder continental e internacional, deberá ser una consecuencia de que la sociedad nacional sea una sociedad educada, más que un improbable detrito de cualquier otro mecanismo, por más legítimo que parezca.

Es hora de fundamentar el *poder* en el *saber*. En el *saber* que lleva a una sociedad a *saberse* ella misma —en su pasado, en su presente y en su futuro— y, desde allí, a integrarse y a interactuar, con paridad digna, en las relaciones de poder entre las naciones del continente.

Pequeña, como la pulga del cuento, y puesta de cara al enorme elefante de los poderes continentales y extracontinentales, la sociedad salvadoreña necesita ser transfigurada por la educación sobresaliente de todos sus hombres y mujeres, para que pueda demostrar, como lo han hecho otras sociedades hermanas, que *el poder de una nación no radica exclusivamente en lo que mide, en lo que tiene, o en cuánto agrede: radica tam-*

bién en lo que sabe.

Tras el fracaso estruendoso de otras formas engañosas de poder, el milenio que viene parece estar exigiendo fundamentos de quilates legítimos para que, como ha quedado escrito por allí en una disertación de otro evento, *la sociedad salvadoreña llegue a ser libre por justa, justa por verdadera, verdadera por democrática, democrática por participativa, participativa por pluralista, pluralista por abierta, abierta por civilista, por civilista pacífica, y por pacífica poderosa.*

Francisco Andrés Escobar

